

Vertigo. Revista de cine (Ateneo da Coruña)

Título:

Blake Edwards: Hollywood era una fiesta

Autor/es:

Breijo, David

Citar como:

Breijo, D. (1994). Blake Edwards: Hollywood era una fiesta. Vértigo. Revista de cine. (10):46-47.

Documento descargado de:

<http://hdl.handle.net/10251/43008>

Copyright: Todos los derechos reservados.

Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



BLAKE EDWARDS: HOLLYWOOD ERA UNA FIESTA

DAVID BREIJO

A Gonzalo Gallego, aquí eterno discrepante

Me parece un poco absurdo sentirme en la obligación —impuesta únicamente por mí— de justificar el espacio destinado en este número de VERTIGO al director norteamericano Blake Edwards, personaje ausente de las filas de directores que ostentan en nuestro país una amplia bibliografía. Pertenece en cambio a aquellos que sólo ocasionalmente son observados en artículos o estudios breves, conjunto éste del que las presentes páginas sólo aspiran a ser una parte más hasta que alguien componga un texto superior, más completo y definitivo.

En España, gran parte de su filmografía está sumida en el desprecio crítico y a muchos —se transluce en los escritos— les gustaría que en el olvido; paradójicamente, oponiéndose al corpus crítico e historicista, no es difícil encontrar en nuestro país manifestaciones ocasionales de estimación por parte de técnicos y profesionales del audiovisual —me parecería absurdo pensar en un caso de corporativismo— hacia el autor de DIAS DE VINO Y ROSAS, DESAYUNO CON DIAMANTES y THE PINK PANTHER (si la selección de títulos les parece muy parcial, de MICKY Y MAUDE y “10” y MIS PROBLEMAS CON LAS MUJERES).

Así pues, la escasez de escritos acerca de Blake Edwards y la adecuación de algunas constantes en su obra se conjugan para hacer válida su presencia en este VERTIGO referido al *Cine sobre el Cine* (o cómo se editorialice definitivamente). Sin embargo, la justificación a la que me refería al inicio de estas líneas viene motivada porque a la citación de nombres como Fellini, Wilder, Minelli, Truffaut e incluso —sí, él— Altman, nadie pretenderá que medie discusión más allá de ocasionales desavenencias y comprensibles preferencias. Se podría también mencionar a otros, desde Alexander Rockwell a Diane Kurys y parecería tan sólo un digno campo de debate; pero todavía para

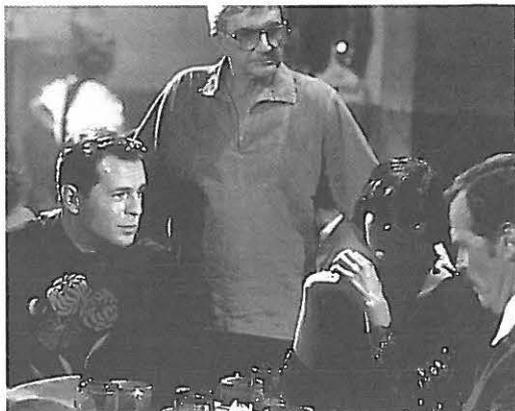
muchos incluir a Edwards es como un chiste de ese mal gusto que tan a menudo se le achaca al director de VICTOR O VICTORIA. ¿Subvaloración de la comedia o simple subvaloración de Edwards?

Observando su filmografía, algunos de los títulos más representativos, a veces coincidentes con los mejores, ha enmarcado al mundo del cine, más concretamente al mundo de Hollywood. No se ha preocupado (es su desinterés, legítimo) por la reflexión personal y la representación de las vivencias del cine como arte, como Vida o como fenómeno exclusivamente comunicacional; tampoco ha atisbado en una mirada ortodoxamente dramática las miserias de las bambalinas, prefiriendo la clave del humor, grueso en ocasiones, es cierto. Dicen que señalar con el dedo es grosero, pues esa es la imagen que transfieren dos filmes que me atrevo a hermanar: EL GUATEQUE (1968) y SOB (1981).

Una, en un irrefrenable tono de *Slapstick* y otra, con demoledora causticidad pasan revista —como la sobrevalorada película de Altman— a la fauna hollywoodiense: estrellas, actores, directores alcoholizados, productores canallas, starlettes baratas, putas, médicos de dudosa reputación, agentes al borde de un ataque de histeria, cotillas de papel couché, secretarios traidores y otros inocentes con las manos sucias. Toda una fauna, como decía, a la que Edwards contempla sin piedad. Y él mismo, en SOB concretamente, no se excluye; caricaturiza en un juego de ficción que penetra descaradamente en la realidad: un exitoso director llamado Felix Farmer, con una carrera de triunfos a sus espaldas, cae en una profunda crisis tras un estrepitoso fracaso, por lo que accede a *dar al público aquello que pide*. Sexo violencia, depravación... exactamente la reconversión de su reciente fracaso, un musi-



Fotograma de EL GUATEQUE (1968).



Blake Edwards con los actores durante el rodaje de SUNSET (1988).

cal de corte clásico, en un porno de cuarenta millones de dólares. Y para ello sacrificará la imagen pública de su esposa, una actriz llamada Sally Mills, famosa por sus caracterizaciones de personajes rebosantes de inocencia, obligándola a efectuar un desnudo en la película. Las concomitancias con la realidad son evidentes: Edwards, como Farner, era un director con una bien ganada reputación, mas también con una lista de fracasos considerable; concretamente, al rodar SOB estaba saliendo de su década negra, los 70, que arrancaron con el desastre de DARLING LILI y finalizaba con secuelas pésimas de las aventuras del Inspector Clouseau. Y respecto a la imagen de su esposa en la vida real, Julie-Poppins-Trapp-Andrews... pués que decir al respecto. Farmer *sacrifica* su tradicional imagen en aras del beneficio económico de su nuevo film; Edwards, en parte, también (recordemos aquello de "Mary Poppins enseña las tetas"). En una especie de semigrotesca autopunición, Farmer-Edwards es asesinado al final del film, consecuencia de un cúmulo de traiciones y canalladas por parte de distintos estamentos hollywoodienses, mientras trata de evitar que un productor (un sorprendente Robert Vaughn) le arrebate los derechos sobre su película.

SOB supera con mucho en crueldad a EL GUATEQUE, que a ciertos niveles no deja de ser una transposición del mejor Clouseau al mundo de Hollywood. De cualquier manera, los años no la han erosionado y todavía hoy aparece como uno de los últimos y mejor elaborados *slapsticks*, con el valor añadido de una interpretación inolvidable de Peter Sellers como la incipiente *estrella* hindú Hrundi V. Bakshi, importado a Hollywood para un pastiche de *Gunga Din*; Bakshi parece encarnar la decimoprimerá plaga, lanzada directamente sobre la Babilonia californiana (que diría Anger).

Otros dos filmes vierten una mirada de carácter muy distinto sobre Hollywood: SUNSET (1988) y LA CARRERA DEL SIGLO (1965). El menos interesante de ellos ASESINATO EN BEVERLY HILLS (hipertrofiado título para el

estreno español de SUNSET) narra el ficticio encuentro entre el mítico sheriff Wyatt Earp —James Garner interpretándolo por segunda vez tras la magnífica y fúnebre LA HORA DE LAS PISTOLAS de John Sturges— y la estrella del Western Tom Mix (Bruce Willis), quien se prepara para rodar una versión del duelo en el O.K. Corral. Edwards los envuelve en una rocambolesca e irregular trama policial. Film ligero e intrascendente, agradable por la química que se forma entre los dos protagonistas, no deja mayor huella a pesar de estar planteado como un homenaje a un cierto cine ya desaparecido: el cine de la inocencia primigenia, el cine del salvamento en montaje paralelo y en el último minuto (esto incluido en la trama), el cine de los héroes de una pieza de réplicas ingeniosas y ajustadas, y el cine de villanos sin escrúpulos (Malcolm McDowell en una representación de un pseudo-Chaplin con ínfulas de psychokiller). Todo orquestado con un look en ocasiones no muy lejano del incomprendido NICKELODEON de Bogdanovich.

Por otra parte, LA CARRERA DEL SIGLO se construye también en clave de homenaje; homenaje integral e incontrolado, homenaje al Hollywood creador de géneros. Con la excusa de una competición automovilística Nueva York-París, repasaremos el western, el *Slapstick* con batalla de tartas incluida (homenaje a Laurel/Hardy/Sennett "Battle of the Century"), el cine de aventuras (remake incluido de EL PRISIONERO DE ZENDA), el musical, los folletines por capítulos, los científicos locos, los héroes de impolutas



Fotograma de Sob (1981).

dentaduras, los fantasmas de Meliés y Keaton y la promesa final de una escuela.

En definitiva, Edwards ha dado una versión ácida, divertida y particular de esa parte concreta y relevante de la Historia del Cine llamada Hollywood; a su aire, cuándo ha querido o cuándo ha podido, si bien estos tiempos que corren, con el tema del *Cine sobre Cine* convertido en un high-concept rentable, pueden ser válidos para que Edwards lleve a cabo otra intentona. Quizá desempolvar un viejo proyecto llamado SOB II. ☺